

El actor representado en la sangre del autor

Mario Bellatin

Una sombra que pasó repentinamente frente a sus párpados le hizo abrir bruscamente los ojos. Encontró en ese momento, delante suyo, a un ser extraordinario, que ocupaba el alféizar de la ventana del piso dieciséis del departamento donde se situaba el departamento que Abds Salám estaba ocupando de manera temporal.



Aquel ser se mostró en un primer momento con las alas extendidas. Pero al instante las replegó y bajó la cabeza. Me dijo que le avergonzaba admitirlo, sin embargo al principio lo confundió con un gran pájaro. Sólo después de incorporarse advirtió que sus características eran ajenas a cualquier cosa que hubiera conocido antes. Aparte de las extensas alas, aquella criatura guardaba cierto parecido con los seres humanos. Estaba desnudo y su piel daba la impresión de ser hecha de material sintético. Se le ocurrió que estaba cubierto con una fina vestimenta de látex. Por alguna razón que no entendió, a Abds Salám la mano derecha en ese momento se le quedó inerte. Dejó de sentir la sensación en los dedos, en la palma, y de ese modo llegó hasta la insensibilidad del codo. A partir de entonces quedó con la dolorosa sensación de quien posee una extremidad fantasma. Sin embargo, la figura que tenía delante suyo le pareció infinitamente más importante que cualquier malestar físico por lo que se apresuró a levantarse y a abrir con una sola mano la ventana. Apenas lo hizo la criatura se abalanzó dentro de la habitación. Se trataba de ser algo torpe pues con un par de movimientos arrojó los trajes de arlequín y los largavista que la persona dueña de la habitación utilizaba habitualmente para sus funciones. Las alas eran lo que más desastre causaban. Con ellas rompió dos espejos de cuerpo entero, arrojó

dos muñecas rusas –que se abrieron e hicieron que rodaran decenas de muñequitas cada cual más pequeña–, así como el respirador artificial que el actor poseedor del cuarto necesitaba de vez en cuando. Abds Salám logró controlar al aparecido con algo de esfuerzo. Al sentir los dedos de Abds Salám sobre su cuerpo lanzó un par de chillidos. Sin embargo, a los pocos minutos se fue calmando por completo. Sólo en ese momento, Abds Salám lo pudo ver con detenimiento. Algo en sus rasgos lo recordó al primer perro que tuvo en su infancia. Recordó que aquel animal fue uno de los que más tiempo gustaba de pasar en vigilia. A veces se quedaba noches enteras mirando hacia un punto indeterminado. Fue la primera vez, observando a aquel perro de su infancia, en los estados entre despierto y dormido que son capaces de experimentar los animales cuando se encuentran reclusos. Los cerdos en los chiqueros, las vacas en los rastros esperando ser sacrificadas. Aquel perro murió atropellado por un autobús cuando Abds Salám lo llamó para jugar desde la acera de enfrente. Pero en el rostro del ser aparecido, Abds Salám advirtió también ciertas líneas de expresión que lucía el rostro de una foto que le tomó a su abuela. Abds Salám hizo esa foto cuando era aún muy joven. Todavía en ese entonces no pensaba en la posibilidad ni de morir, ni tampoco en la de seguir viviendo después de su muerte. La presencia de esa abuela

fue uno de los pocos recuerdos agradables que tuvo de su vida. Pasaba largas horas escuchándola hablar en las tardes. Fue quien, además, salvó el primer libro que Abds Saláms escribió –un texto sobre perros– del oprobio familiar que originó en su familia que a Abds Salám, a los diez años de edad, se le hubiera podido ocurrir hacer un texto. La abuela lo introdujo en su ropero y nunca se volvió a saber de su existencia. Se trata del Libro Fantasma de Abds Salám, cuya incorporeidad quizá fue la que lo llevó a escribir, a partir de aquel suceso de infancia, un libro detrás de otro, utilizando siempre el imaginario de un niño de diez años. Al menos ese elemento, el de semejante forma de entender el mundo, es algo en lo que Abds Salám siempre creyó como impulso para seguir trabajando. Pero Abds Salám me dijo en ese momento que ninguna de las semejanzas con asuntos de su pasado que halló en el rostro de aquel personaje fue lo que verdaderamente lo sedujo. Lo andrógino parecía ser la marca más saltante que mostraba ese cuerpo aparecido. No pudo evitar ser seducido. Todo ocurrió en silencio. El único ruido que se percibió fue el del rozar de las alas un par de veces. Poco después, Abds Salám se alejó de aquel cuerpo. El ser aparecido de la nada quedó acostado en el piso. Una de las alas reposaba sobre el respirador artificial. Abds Salám le dio la espalda y se dedicó a mirar por la ventana. Frente al edificio donde se encontraba

pasando una temporada había un parque. Pudo verlo desde la altura donde se hallaba colocado. Un grupo de niños se peleaba por subir primero a un pequeño tobogán. Unos segundos después, cuando los niños no habían resuelto aún sus diferencias, el personaje acostado en el piso comenzó a hacer leves ruidos con la garganta. En forma imperceptible esos ruidos se fueron transformando en palabras. Al menos así me dijo Abds Salám que las percibió, aunque me informó también que hasta ahora ignora a qué idioma podían pertenecer. Abds Salám tuvo la sensación de que le trataban de contar la historia de Pinocho en alguna lengua eslava. Me confesó que no contaba con ningún elemento que hiciera lógica una suposición semejante, aunque pensó que quizá apareció porque muchos años atrás –cuando aún su cuerpo no daba trazas de dirigirse hacia la muerte- una persona que lo impresionó por su forma de ser le habló durante largas horas acerca de su idea de hacer un libro de Pinocho donde las palabras no tuvieran ninguna importancia. A pesar de lo alejado que podía estar del significado que el ser acostado en el piso iba emitiendo, Abds Salám comprendió que se le estaba narrando un largo peregrinaje emprendido algunos años atrás. Sin embargo Abds Salám, en lugar de estar oyendo aquel relato estaba preocupado por cómo explicar al dueño de la habitación –en realidad se trataba del actor que había inoculado el mal en

su cuerpo- que deseaba pedirle disculpas por haberlo utilizado sólo para experimentar la sensación de dormir con su propio personaje. Nunca, hasta antes de la aparición del personaje posado en la ventana, se le había ocurrido pedir esas disculpas. Al contrario, se consideraba una víctima de su propia escritura. Recordaba no sólo la burla que había sufrido desde que era niño, sino las decisiones de vida que había tenido que tomar para seguir sosteniendo una escritura semejante. Abds Salám se encontraba ahora solo en su muerte. El personaje le dijo que no se preocupara. Que su nombre, Abds Salám, estaba escrito en una lista que llevaba siempre consigo. La tenía sujeta en las alas prendida con un alfiler. Acto seguido hizo esfuerzos por levantarse. Nuevamente causó estragos en la habitación. Las alas esta vez desconectaron el respirador –la enfermedad del actor estaba ya lo suficientemente desarrollada como para necesitar un aparato semejante-. Es más, Abds Salám me informó que pensaba que se encontraba solo en ese departamento porque el actor que representó a su personaje en Salón de Belleza se encontraba ya muerto. Las alas tumbaron también la jaula con los cuervos que el actor criaba para realizar determinados números callejeros, y lo golpearon nuevamente en la mejilla. Con esfuerzo trepó nuevamente al alféizar y una vez que estuvo al borde del precipicio abrió las alas por completo. Sólo entonces se pudo apreciar su belleza en

toda su plenitud. Para Abds Salán fue posible en ese momento apreciar la lista con los nombres. Deseó que el suyo estuviera incluido. Se lo dijo antes de verlo partir. Añadió que en la zona donde le tocó pasar la mayor parte de su vida la gente había tratado de hacerle daño. Lo habían considerado, la mayor parte de las veces, como una persona distinta a la que realmente era.

7 DE 7

“El actor representado en la sangre del autor”,
texto de Mario Bellatin (México D.F., 1960).

© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #39 | DIC.2010-ENE.2011